

EL PRINCIPE EXIGENTE





00163227

MASCOTITAS INFANTILES

EL PRINCIPE EXIGENTE

P O R

JAIME DELPUENTE HERRERO

Ilustrado por

CESAREO F. DIAZ



C. DUPONT FARRÉ

Editor

Larrazábal 1201 - Buenos Aires

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



PRIMERA EDICION - 31 - 8 - 39

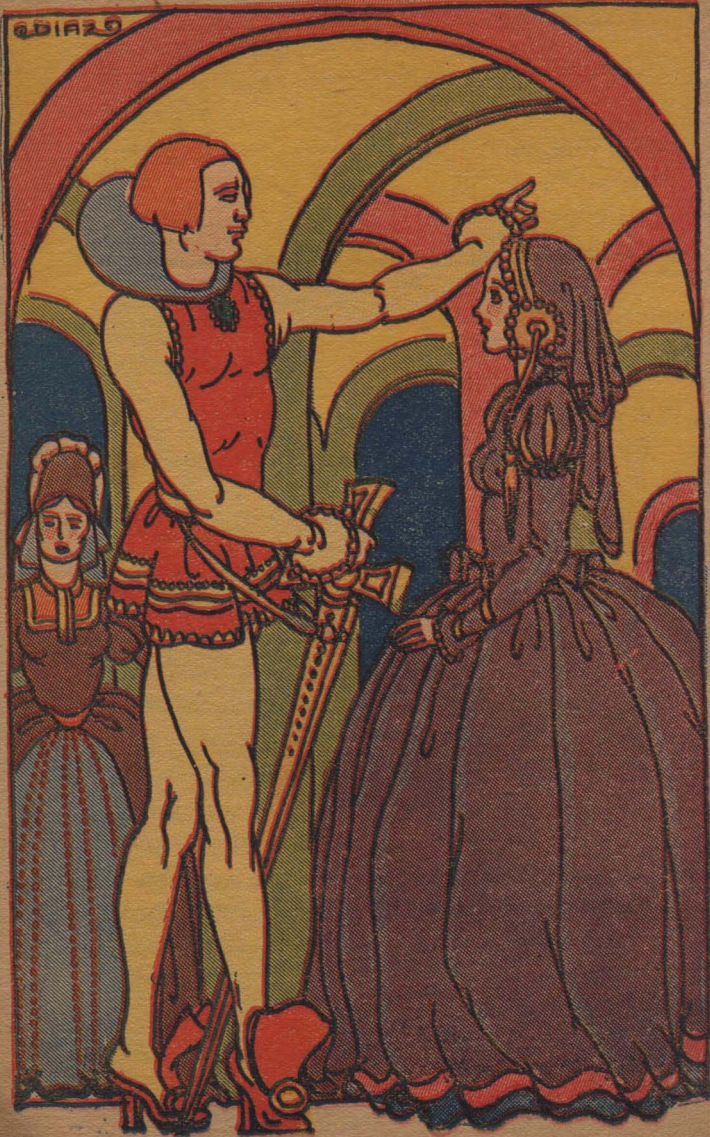
IMPRESO EN LA ARGENTINA



BEATRIZ era una niña tan hermosa como buena. Huérfana de padre y madre, estaba a cargo de una tía, en extremo ambiciosa, que cifraba en la belleza de la niña grandes esperanzas.

—Cuando Beatriz sea mayor —solía decirse Gertrudis (Gertrudis era el nombre de la tía)— será tan hermosa que algún príncipe se casará con ella y yo me veré en la corte, convertida en una dama importante.

Muy temprano, cierto día, salió Beatriz al campo en busca de leña. Su tía le había



dado una manzana y un panecillo como único sustento.

Apenas salió del pueblo, encontró una viejecita que tendiéndole la mano le dijo:

—Una limosna, para esta pobre anciana, que padece hambre.

—Poco es lo que tengo —exclamó Beatriz—. Tome usted, señora, mi manzana. Yo lo pasaré muy bien con el panecillo.

Pero unos pasos más adelante, otra viejecita le rogó a la niña:

—Dame algo de comer, hija mía. Dos días hace que no pruebo bocado.

—¡Pobrecita! —dijo Beatriz—. Sólo poseo un panecillo, pero se lo daré a usted de todo corazón. Yo podré esperar hasta la noche, a la hora de la cena.

Anduvo Beatriz unos pasos más, cuando se le aproximó una tercera anciana.

—¡Socórreme, niña! Si tu corazón es tan hermoso como tu cara, no permitirás que perezca de hambre.

—¡Ay de mí, señora! Nada me queda y lo lamento mucho. Pero le daré a usted la rosa que adorna mis cabellos.

Entonces las tres ancianas, que se habían juntado alrededor de Beatriz, se convirtieron en tres hadas hermosísimas. Y dijo la una:

—Me llamo Flá,
cuando lo precises,
mi poder te ayudará.

La segunda manifestó a su vez:

—Mi nombre es Flé,
cuando me lo pidas,
yo te serviré.

La tercera hizo el ofrecimiento, diciendo:

—Me llamo Flí,
buena y complaciente
seré para tí.

Algunos años más tarde se extendió por aquellas tierras la noticia de que el Rey se proponía casar a su hijo, el Príncipe Gilberto, con la doncella más hermosa de sus dominios.

En realidad, el príncipe no deseaba casarse. Sólo para permanecer soltero, sin contrariar abiertamente la voluntad de su padre, habíase mostrado tan exigente.

Al enterarse de la noticia, doña Gertru-

dis vió la oportunidad de realizar sus sueños y condujo a Beatriz a palacio.

—Pero tía, si yo no soy la más hermosa del reino, —protestaba humilde la niña.

—Déjame a mí, que sé lo que hago y lo que te conviene—, refunfuñaba la tía.

Los cortesanos del Rey, al contemplarla quedaron maravillados. No era posible buscar mayor dechado de hermosura. La belleza de su alma era reflejada en su rostro.

El príncipe al verla, sintió tentaciones de renunciar a su soltería, pero dejándose llevar de su amor propio no quiso ceder y no pudiendo poner objeción alguna a su belleza, se empecinó en crear dificultades, y dijo:

—Quiero que mi esposa sea la mejor hilandería del reino. ¿Sabe hilar esta niña?

—Sí, sabe, —se apresuró a contestar la tía, mintiendo.

Para poner a prueba la habilidad de Beatriz, ordenó el príncipe que la encerraran en una habitación, provista de una buena cantidad de lana y de una rueca.

—¡Ay de mí! —suspiró Beatriz, al verse en aquel inaudito compromiso—. Mi tía

mintió. No sé hilar. Y lo que mayormente me duele, es engañar a un príncipe tan hermoso. Pero si no hilo esta lana, mi tía, cuando regresemos a casa, ha de castigarme cruelmente.

Acordóse entonces de las tres hadas que habían ofrecido servirla y a falta de otro recurso, las llamó en su auxilio.

—No llores, Beatriz —le dijeron Flá, Flé y Flí—. Para nosotras es fácil hilar la lana y el príncipe no podrá oponer ningún reparo al trabajo.

Con sorpresa vió el Príncipe Gilberto la enorme cantidad de hilo, y la perfección del trabajo, que todos creyeron realizado por Beatriz.

Pero pertinaz en su propósito de no casarse, decidió inventar otro pretexto.

—Quiero que mi esposa sea la más admirable costurera del Reino —dijo—. ¿Sabe coser esta niña?

—Sí, sabe, mintió de nuevo doña Gertrudis.

Y por culpa de la falsa manifestación de su tía, la pobre Beatriz se vió encerrada en

una habitación, con varias piezas de tela y la orden de preparar varias camisas magníficas para el príncipe.

—Bien quisiera yo —exclamó la niña— que mis manos fueran las más hábiles del mundo. Pasaría la vida gustosa trabajando, para mi querido príncipe. ¡Y en cambio, mi tía me obliga a engañarle!

Como la víspera, vinieron las tres hadas a socorrer a la hermosa y bondadosa niña. Por la mañana las camisas estaban terminadas y el Príncipe y todos las juzgaron primorosas.

Pero el Príncipe, aún contra su propio corazón, no quiso reconocerse vencido, e ideó una nueva excusa.

—Quiero que mi esposa sea la mejor bordadora del reino —dijo— ¿Sabe bordar esta niña?

—Sí, sabe. Mintió apresuradamente otra vez la tía.

—Pues que mañana estén todas las camisas bordadas a la perfección —ordenó el príncipe.

—¿Cómo he de poder bordarle las cami-

sas a mi príncipe? —se lamentaba Beatriz. ¡Si no he bordado en mi vida cosa alguna!

Y otra vez las hadas tomaron a su cargo el trabajo de la niña.

Por la mañana siguiente el trabajo fué admirado por todos y el Príncipe, cada vez más cautivado por las maravillosas gracias de la niña, no quiso ya recurrir a otra estratagema, para permanecer soltero.

—¡Ay de mí! —se dijo—. Desde que la ví y conocí su bondad, rentuncié a mi libertad para siempre. Aunque no hubiese sabido hilar, ni coser, ni bordar, mucho me temo que la habría igualmente tomado por esposa. ¡Es tan gentil y tan dócil!

Doña Bertrudis no cabía en sí de gozo.

—Seré la dama más importante del reino, por mi parentesco con la princesa consorte, —se decía—.

Beatriz, en cambio, sentíase apenada. Casarse con el príncipe era realizar los sueños de mi corazón.

—Pero no quiero que se case conmigo, gracias a un engaño. Descubrirá más tarde

que carezco de las habilidades supuestas y, ¡ay de mí!, seré la mujer más desdichada de la tierra.

Para pedirle un consejo decidió llamar una vez más a sus amigas las hadas.

Amo al Príncipe —les dijo—. Pero me duele haberle mentido. Cuando lo descubra y lo descubrirá pronto, pues no sé hilar, ni coser, ni bordar, va a repudiarme en seguida.

Las hadas se rieron.

—No temas, niña querida —dijo Flá—. Has cautivado al príncipe con tu modestia y la docilidad de tu carácter. Podrías aprender lo que no sabes. Pero como princesa serán otras tus obligaciones. Invitamos a la boda, nosotras lograremos que no hable nunca más de tus habilidades.

De acuerdo a lo convenido con Beatriz, el día de la boda, se presentaron a la fiesta las tres hadas, bajo la apariencia de tres ancianas de estrafalario aspecto.

La una tenía uno de los brazos mucho más largo que el otro. La segunda caminaba muy encorvada, con una giba en la espalda, que recordaba la del camello. En

cuanto a la tercera, sus ojos enrojecidos lagrimaban continuamente.

Al observar el Príncipe Gilberto entre los invitados a las ancianas aquellas, se aproximó a ellas para hablarles.

—¿A qué se debe —preguntó— el tener usted el brazo izquierdo más corto que el derecho?

—Ay, mi buen príncipe, —repuso Flá—. Me he pasado la vida hilando.

—¡Dios me valga! —exclamó el príncipe—. ¡Pensar que mi encantadora esposa podría verse así! Desde este instante no quiero que vuelva a hilar una sola vez en su vida.

Los criados del príncipe fueron por su orden a la cámara de la princesa y tiraron la rueca que poseía.

—Y usted, buena mujer —dijo a la otra anciana el príncipe— ¿cómo anda tan agobiada? ¿Cómo le creció un bulto tan feo en la espalda?

—¡Ay, mi señor príncipe —dijo Flé—. Bordaba tan primorosamente que pasé la vida inclinada sobre el bastidor.



—¡Dios mío! —ordenó el príncipe— Corran y tiren el bastidor de mi esposa querida. No por bordar he de verla yo de este modo.

En cuanto a la tercera anciana, contestó a las preguntas del príncipe, diciendo:)

—Bondadoso príncipe, costurera soy y tanto me esmeraba en mi pobre trabajo que he perdido la vista y he quedado poco menos que ciega.

—Tampoco quiero que nunca más vuelva a coser mi esposa! —exclamó el Príncipe. Adoraba a su mujer y temía para ella los peligros más lejanos.

Desde aquel día, Beatriz y el príncipe vivieron felices.

En cuanto a la mentirosa doña Gertrudis, fué castigada por las hadas. Le salió en la nariz un cuervo tan horrible, que no se atrevió a figurar en la corte y debió renunciar a sus pretenciosas ambiciones.





MASCOTITAS INFANTILES

Colección de cuentitos, con
láminas en color

- 1 — La Jirafa caprichosa.
- 2 — El arte de ser dichoso.
- 3 — El mártir de la Eucaristía
- 4 — El príncipe exigente.
- 5 — La reina de las flores.
- 6 — El patito feo.
- 7 — Los cambios disparatados.
- 8 — La princesita cruel.
- 9 — La Jirafa impertinente.
- 10 — El vidrio y la cortina.
- 11 — Los Reyes en Jauja.
- 12 — El hermanito del río.

Cada librito: 10 ctvs.

Edición de lujo: 30 ctvs.

EL PINTOR ARGENTINO

Libritos para colorear

Publicados los Ns. 1, 2, 3, 4 y 5

Cada librito: 10 ctvs.

EL PINTOR AMERICANO

Libritos para colorear

Publicados los Nos. 1, 2 y 3

Cada librito: 10 ctvs.

LA ILUSTRACION ESCOLAR

Serie de láminas para ilustrar
asuntos

Cada serie se compone de 16
láminas diferentes, con más de
100 figuritas en total.

- 1 — Animales.
- 2 — Patricios.
- 3 — Varias.

Total 48 láminas diferentes

Cada 8 láminas: 10 ctvs.

**LOS LIBROS DE LA
INFANCIA FELIZ**

Colec. profusamente ilustrada

- 1 — El Padre Nuestro y el Ave
María.

Cartulina: — Cartoné: — Luxe:

\$ 0.80 \$ 1.20 \$ 1.40

**HISTORIA ARGENTINA
EN IMAGENES**

Explicaciones y láminas
especiales para niños

- 1 — Descubrimiento y conquista.

Ed. A: 20 ctvs.—Ed. B: 40 ctvs.

ESTAMPAS RELIGIOSAS

Tamaño postal.

Santa Teresita — Corazón de
Jesús — Corazón de María —
San Antonio — San Roque

Cada estampa: 10 ctvs.

Tamaño chico.

Para 1ª Comunión.

Serie A — Para niños, 15 mod.

Serie B — Para niñas, 15 mod.

Cada estampa: 5 ctvs.

Tamaño 14 x 22.

El Padre Nuestro, con texto.

El Ave María, con texto.

Cada estampa: 20 ctvs.

TARJETAS DE NAVIDAD

Serie A — 25 modelos distintos

SC
413
C.M.I
04